

En el 90 aniversario del nacimiento de Roberto, no voy a evocar al inmenso intelectual comprometido que fue y que muchas plumas más autorizadas que la mía sabrán recordar con el talento y el rigor documental que él se merece. Me dedicaré más bien a sacar de la memoria unas fulgurancias muy personales que se quedan imborrablemente marcadas por su presencia de pensador, de poeta y de hombre sencillo, como lo dijera Martí.

El primer “encuentro” con Retamar fue totalmente fortuito, como lo son a menudo las grandes convergencias: en una pequeña librería de Cienfuegos por los años 70 – donde me encontré con vistas a construir las futuras relaciones fundacionales entre Cienfuegos y mi ciudad francesa de Burdeos -, compré el *Ensayo de otro mundo*, en la edición modesta de la colección Cocuyo (1967). No conocía al autor, pero su ensayo fue para mí una revelación: en la prensa cubana y algunas revistas francesas se mencionaba al poeta Retamar, pero muy poco al ensayista (así la revista *SUD* de Marsella, que publicó por los años 1977-78 varios poemas de Roberto). Para mí, ese “otro mundo”, así como el enriquecimiento de su pensamiento hacia “Martí en su (tercer ) mundo”, hasta su culminación en “Calibán”, en 1971, dio para siempre a Cuba, a América latina y a los estudiosos de mi generación, las pautas de su pensamiento anticolonial, en la línea trazada por George Lamming desde 1960, enriqueciéndolo con una luminosa perspectiva martiana. Para mí, esa revelación me fortaleció en mis investigaciones acerca del concepto martiano de “Nuestra América”. Recuerdo todavía los debates que tuvimos en París acerca de la revisión crítica que Retamar abrió en torno a la contradicción civilización y barbarie popularizada por Sarmiento, y brillante inversión operada por Martí. Llegamos a los años 80 con unas bases de reflexión sobre el destino de Nuestra América, su identidad y sus retos, y se lo debemos ampliamente a la pluma de Roberto, a veces polémica, siempre fructífera.

Deseo evocar dos encuentros posteriores, donde el hombre que era se impuso íntimamente para acompañar al intelectual. En el año 1982, en plena guerra fría”, organizamos en Burdeos, un coloquio titulado Cuba y Francia: la conferencia inaugural fue impartida por Roberto, la dedicó a Martí y Francia, y fueron días de intercambios muy calurosos con la presencia de Adelaida, pero también de los cubanos Olavo Alén, Omar González y otros.

Posteriormente, coincidimos con Roberto en varios eventos en La Habana, pero también en Londres, donde tuvimos que bregar, Roberto y yo, para imponer la legitimidad del concepto de raza en Martí: el tema era evidentemente algo candente en algunos medios británicos.

Roberto volvió a Francia varias veces, y el Ministerio de Cultura le otorgó la Orden de Artes y Letras de Francia (1998). Por la misma época, después de impartir otras conferencias en Burdeos, nos planteó su profundo deseo de poder compartir con el

famoso periodista francés Claude Julien. Mi esposa María Elena y yo le organizamos entonces una excursión a la “Francia profunda” por carreteras y caminos del Sur del país, ya que el autor del *Empire américain* (1968), exredactor jefe y director del *Monde Diplomatique* (1973-1990), vivía retirado en el pueblo de Sauveterre la Lémance, en el departamento de Tarn et Garonne. Después de un largo periplo bajo lluvias torrenciales, ocupado por discusiones y controversias sobre miles de temas, llegamos al retiro del gran Claude Julien, que se presentó orgullosamente como una notabilidad de ese lugar perdido en el fondo de un valle adusto. Ambos, reunidos así lejos de las luces de las capitales, emprendieron con una inmensa satisfacción un recorrido de cuestiones de interés planetario, analizando y “rehaciendo” el mundo.

Brillante y sencillo a la vez, poeta y ensayista agudo, abierto a los demás con una disponibilidad y humanidad excepcionales, Roberto era uno de esos personajes que dejan en cada uno su huella imborrable, con convicciones y ética revolucionarias, siempre respetando al otro sin dejar de tratar de convencerlo de la pertinencia de sus puntos de vista. Desde la Casa de las Américas, o el Centro de Estudios Martianos, o desde la mesa de innumerables coloquios y seminarios nacionales y mundiales, como Martí, fue un luchador incansable.

Burdeos, junio de 2020

Jean Lamore